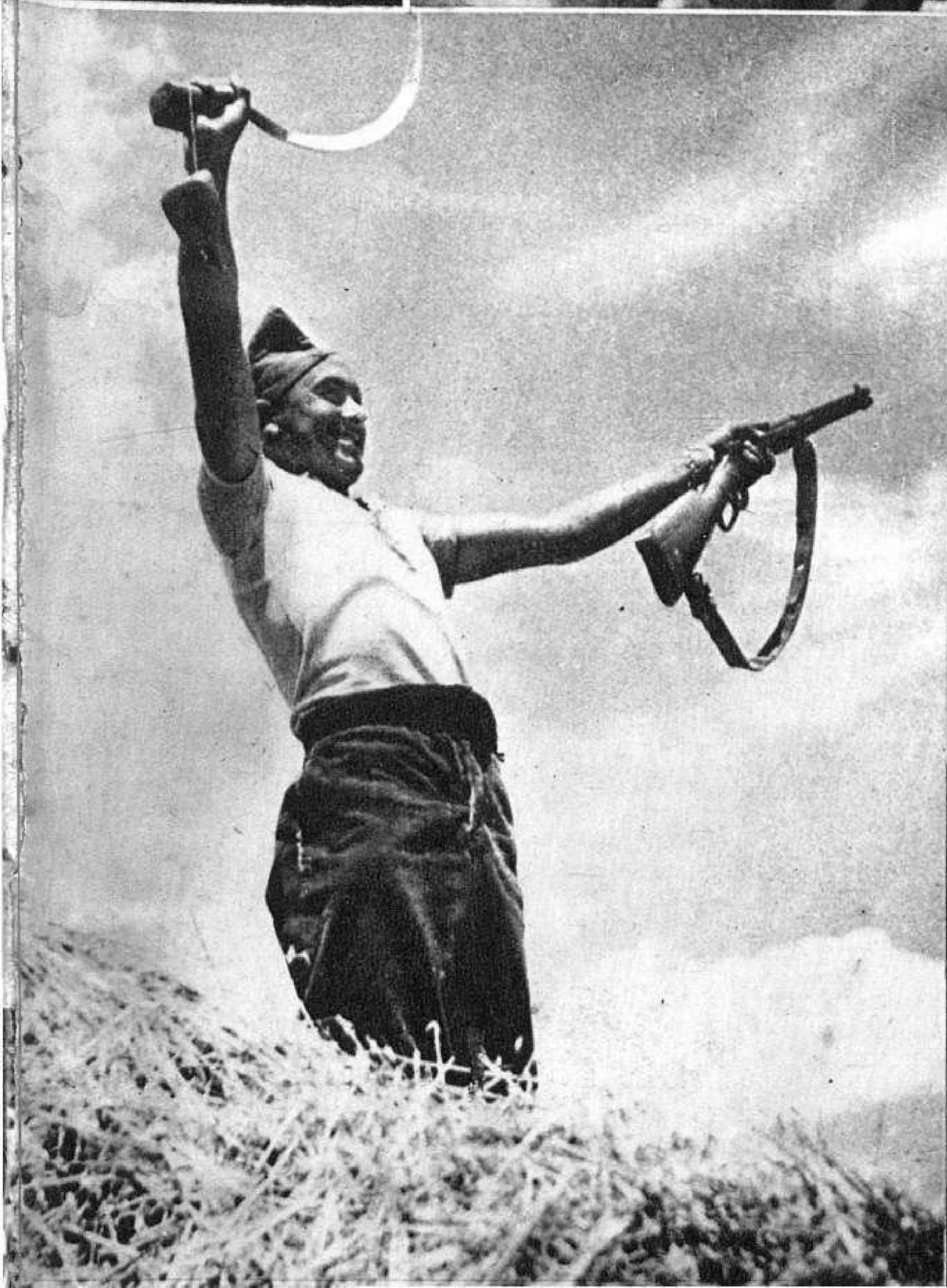


mundo gráfico

Miércoles, 8 de
Septiembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1349
Hermosilla, 73
Aportado 571
MADRID



Estos hombres del pueblo...

El hombre que lucha, el hombre que fortifica, el hombre que trabaja el campo... El fusil junto a la hoz, y junto a la pala y el pico. He aquí, en estos dos documentos gráficos, el sentido y el valor admirables de estos hombres —frente y retaguardia a la vez— que están labrando la victoria

(Fots. Díaz Casariego)

IMÁGENES

de la serenidad magnífica de

MADRID

bajo la guerra



Madrid, espejo de ciudades heroicas, crisol en el que aparecen fundidos—hechos resistencia, serenidad y trabajo—los más puros valores del espíritu popular, no altera bajo

la guerra su vida de siempre. He aquí, una vez más, la confirmación de ello en estas imágenes: son los niños y las niñas de un grupo escolar a la hora del recreo y de la gimnasia. Ved a esas chiquitinas que leen el periódico infantil editado en la misma escuela. Esa gran alegría de nuestros madrileños heroicos, ¿no es acaso un admirable elogio del alto espíritu con que Madrid está viviendo la guerra?

(Fots. Díaz Casariego)



La entrada a la Exposición Nacional de la Juventud



VALENCIA

La Exposición Nacional de la Juventud es el exponente fiel de las actividades desarrolladas por la juventud española en un año de lucha contra el invasor

TODA la juventud española, la que combate en las trincheras y en los parapetos y la que trabaja en los frentes de la producción, está escribiendo las más bellas páginas de la nueva Historia de nuestra Patria.

En todos los lugares donde existen jóvenes obreros, campesinos, empleados, estudiantes; en todos los sitios de concentración juvenil, ha surgido el movimiento organizado de educación premilitar, con animadores surgidos de las jóvenes organizaciones, y siendo en todos momentos los mismos muchachos que hasta ahora no pensaron más que en las herramientas de trabajo o en sus libros de estudio, los que han cogido las riendas del movimiento de su educación premilitar, vivificándolo con su aportación de savia nueva, con sus entusiasmos despertados al calor de un ideal de libertad.

En los pueblos, en las barriadas, en las fábricas, en las grandes oficinas, en los talleres, se ha ligado de estrecha manera la labor con una preparación cultural de los jóvenes, con las escuelas elementales en los campos para acabar con el analfabetismo, con los centros culturales en los lugares de trabajo de las fábricas, destinados a elevar la capacidad técnica de los



Alvarez del Vayo, comisario general del Ejército Popular, durante la visita a la Exposición



El ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia, durante el admirable discurso que pronunció, en nombre del Gobierno, al inaugurar la Exposición (Fots. Vidal Corella)

jóvenes trabajadores del campo y de la industria, elevando así el ritmo de la producción puesta al servicio de la guerra.

La Exposición Nacional de la Juventud, que ha sido inaugurada en Valencia, es el exponente fiel de las actividades desarrolladas por la juventud española en un año de luchas heroicas contra el invasor.

No es grande la extensión que ocupa esta Exposición Nacional de la Juventud antifascista española. Pero en su recinto está condensado cuanto pudiera mostrarse en grandes naves. Allí se encuentra gráficamente cuanto pudiera manifestarse de otra forma. Y lo que no puede suplirse lo explica de forma cálida y vibrante la palabra de los conferenciantes y las nu-

merosas películas documentales que son veraz forma y clara expresión de esa formidable labor creada en un año de lucha por toda la juventud española, en la vanguardia y en la retaguardia.

Profusión de fotografías, dibujos y carteles forma la mayoría de cuanto allí se expone. Un departamento grande, donde figura buena cantidad y calidad de literatura juvenil. Toda la propaganda editada. Discursos de esforzados defensores de la unidad juvenil, palabras de muchachos enviadas desde los frentes donde dejaron sus vidas en defensa de la independencia española. Todas las secciones de la Juventud Socialista Unificada de España han expuesto allí toda su propaganda editada: diarios, revistas, folletos, libros. Todos de una interesante emotividad, que señalan detalladamente cuantos episodios han surgido durante la guerra.

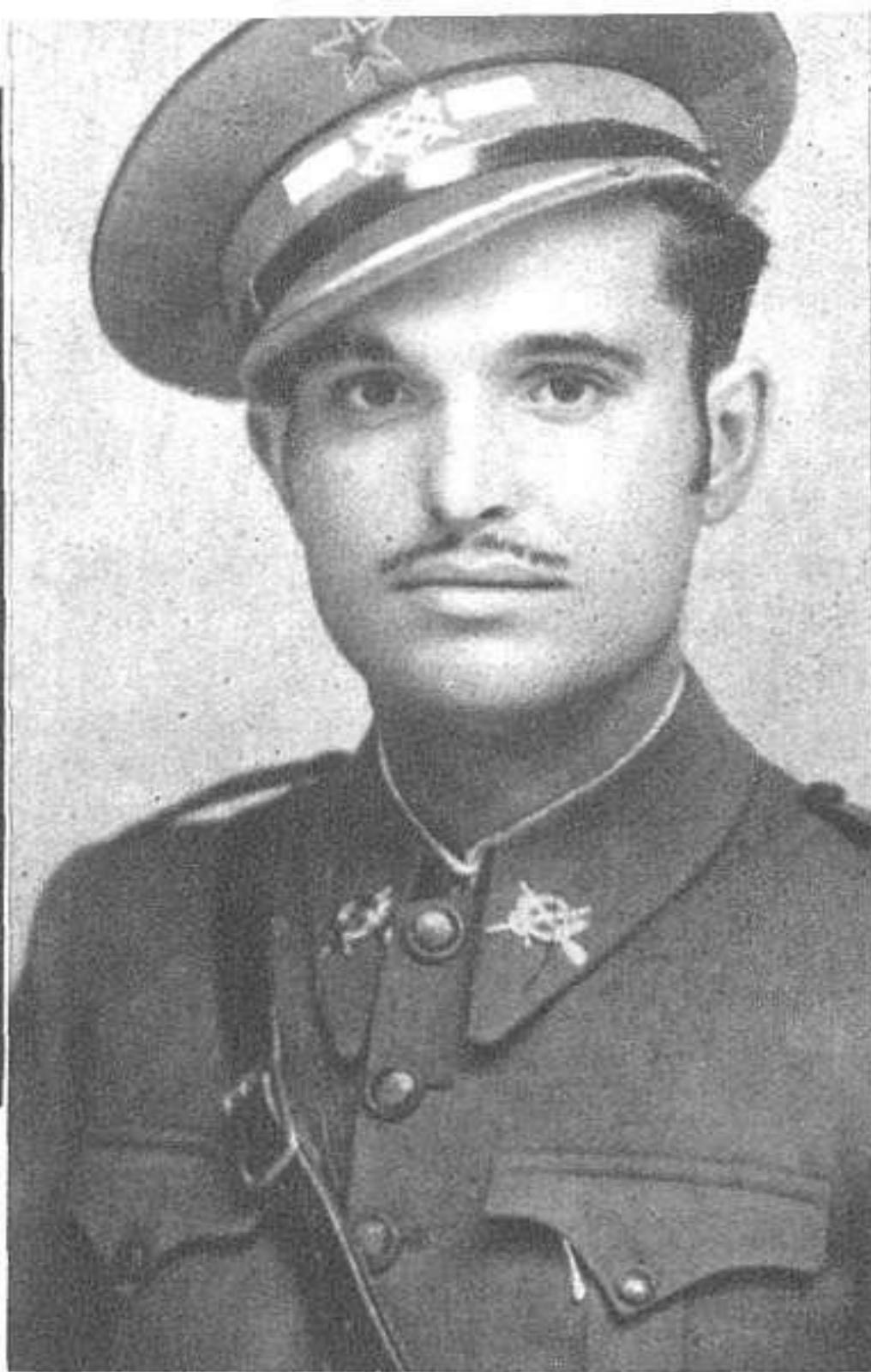
Tiene esta Exposición un saloncillo acogedor y gracioso, donde figura un retablillo con figurillas de guiñol para los pequeños visitantes. Allí se representan farsas antifascistas donde, burla burlando, se hace comprender a los niños la verdad y el por qué de la lucha española contra el fascismo extranjero.

Pero lo más interesante de la Exposición de la Juventud Española es un pequeño museo compuesto de trofeos arrancados al enemigo. Allí se ven banderas y banderines falangistas. Uniformes y prendas de diversos «voluntarios» fascistas. Armas y trozos de ellas: desde el puñal florentino a la guma morisca. Y un variadísimo muestrario de objetos de interés formidable. Pero lo que más se destaca es una hoja mensual de almanaque, en la que aparece, junto a la bandera facciosa, la de Marruecos, la de Alemania, la de Italia y la de Portugal. La hoja está impresa en Granada. En la Granada de García Lorca...

Esta Exposición, magnífica, interesante y de un alto valor educativo para la joven generación, es un paso más hacia el camino libre para realizar todas sus aspiraciones la juventud española.

FAUSTO LAMATA

La vida de los jefes del Ejército Popular, contada por ellos mismos



El comandante **GUTIÉRREZ**, de aquellas Milicias Andaluzas que luchaban con escopetas de caza contra la artillería y la aviación

CUANDO nació en Carmona, en la provincia de Sevilla, Rafael Gutiérrez Caro ya había conmovido las tierras andaluzas, como un gran fenómeno sísmico, la palabra estremecedora de Fermín Salvoechea.

—Y los campesinos de Andalucía—recuerda Rafael Gutiérrez—o eran un ganado manso bajo el rigor del trato de los terratenientes, a la manera de los señores feudales, o eran anarquistas. Y anarquista era mi padre, campesino en Carmona, cuando nací yo.

Exactamente el 19 de Junio de 1912. Entonces empezaba a organizarse el campesinado en colectividades obreras, que, constituidas legalmente para la defensa de unos intereses populares, tenían que actuar, más dura la voluntad de los amos que las leyes de una sociedad capitalista, casi clandestinamente.

—La necesidad de mi casa quería acelerar mi desarrollo físico para que pudiera ayudar a ganarnos la vida. Pero mi padre quería que estudiara, que aprendiese algo, y me tuvo hasta los trece años en la escuela. Yo no trabajé de chico. Pero supe pronto, viendo a mi padre agotarse en el esfuerzo sobre la tierra por dos libras y media de pan y una panilla de aceite, lo que era el trabajo. Y a los quince años, junto a mi padre, empecé a trabajar.

Era ya cuando Angel Pestaña recogía la cosecha de aquella siembra de rebeldía que dejó caer Salvoechea en los surcos abiertos en el alma de los trabajadores andaluces por el despotismo de «sus amos».

—Entonces ingresé en la Confederación Nacional del Trabajo, como organización sindical, y en el Partido Socialista, como organización política. Mi padre había sido ya perseguido y detenido varias veces por sus ideas. Lo mismo fui perseguido y detenido después también varias veces yo.

Rafael Gutiérrez Caro está recordando muchas jornadas de lucha difícil de los campesinos de Andalucía. De antes y de después de la República. Cuando parecía que la República que se había proclamado en España todavía «no había llegado allí».

—La última vez que estuve preso fue en 1932, cuando la huelga general y los sucesos del Parque de María Luisa, en Sevilla. Luego continuaron las persecuciones. No encontraba dónde trabajar, y tuve que salir de Carmona. Y así, buscando trabajo, recorrí Almería, Alicante, Valencia, la Mancha... Pero al estallar la sublevación militar estaba ya en Carmona otra vez.

Los pueblos andaluces, en armas

Unos centenares de escopetas de caza pretendían cerrar el paso por los campos de Andalucía al Ejército sublevado, que disponía de ametralladoras, artillería y aviación,

—En Carmona, cada uno se armó como pudo—cuenta Gutiérrez—, ante la proximidad de un ataque. Tres resistimos frente a un enemigo superior por sus armas y por su organización, que, además, nos aventajaba en el número de sus fuerzas. Pero nosotros éramos mejores que ellos por la decisión con que íbamos a una lucha en la que nadie pensaba en dejarse vencer. Carmona se perdió. Pero quedaba todavía tierra sobre la que seguir luchando. Villanueva de las Minas, Lora, Alcolea, Constantina, Cazalla... Los primeros tabores de Regulares se deshicieron allí frente a nosotros.

Fue cuando los campesinos andaluces pedían elementos de combate al Gobierno. Y a buscarlos, representando a aquellos campesinos, vino a Madrid Rafael Gutiérrez.

—Pero mientras tanto, rotos aquellos grupos de combatientes de Andalucía y de Extremadura, dispersos, llegaban aquí también, y acudían a las organizaciones sindicales. La mía, la Confederación, la C. N. T., que movilizó rápidamente tantas unidades encuadradas hoy en el Ejército Popular, me confió la formación de una columna con aquellos camaradas andaluces y extremeños. Y pronto, bajo el mando de Uribarri, salimos, recha nuestra confianza en la victoria, para los frentes de Oropesa, Olías, Talavera...

Después, la columna tuvo que volver a reorganizarse a Madrid. Gutiérrez había visto irse destrozando sus líneas en aquella retirada inevitable ante el empuje ventajoso del enemigo, que todavía conservaba su superioridad material.

Cuando Málaga era todavía de la República

—Pero del Ministerio de la Guerra salimos poco después los compañeros Mora y Cañada, también confederales, y yo, con la graduación de tenientes, y al mando de setecientos, hombres para Málaga. Pronto logramos reclutar hasta mil quinientos allí.

De Málaga, Gutiérrez fue a Alora con doscientos hombres. Y luego, en Alora todavía, se le entregó el mando de un batallón.

—Con él operé en todos los frentes de Málaga, convertido el batallón en fuerza de choque—añade.

Hasta que cayó Málaga. Gutiérrez—el comandante Gutiérrez ya—recuerda con rabia aquella pérdida lamentable.

—Yo estaba entonces en el sector de El Burgo, por donde parecía que intentaba entrar en la capital el enemigo. El comandante de aquel sector había caído en uno de los

últimos combates, y sin el jefe, sus fuerzas iban perdiendo rápidamente la moral. Había que infundirles otra vez confianza y restaurarles el sentimiento de su propio valor. Y pronto avanzábamos por el sector de El Burgo, rompiendo las líneas de los invasores y apoderándonos de una gran cantidad de material en ellas. Pero mientras tanto, el enemigo alcanzaba la Cuesta de la Reina, que domina la capital, y por el extremo opuesto a El Burgo entraba en Málaga. Málaga cayó.

El comandante Gutiérrez hace aquí una pausa. Acaso su cerebro está llenándose de severas acusaciones, que su concepto de la responsabilidad de un jefe del Ejército le obliga a no formular con la voz.

—Y ya no nos quedaba que hacer más que ir a Almería a reorganizarnos—sigue diciendo—, hasta que fuimos destinados al Ejército del Centro, a las órdenes del general Miaja. Con uno de los batallones de la Brigada 70, que luego se me había de confiar. Cuando llegó lo de Brihuega.

Un comandante de brigada en los frentes del Centro

En los frentes del Centro, la figura del comandante Gutiérrez se ha vaciado en el molde exacto de los mejores jefes del Ejército de la República. Y su brigada fue la que ofreció sobre los campos de batalla de Brihuega una admirable revelación de heroísmo y de organización militar.

—En Brihuega—empieza a decir el comandante—tuvimos el desquite moral de lo de Málaga.

Pero cuando parece que se va a dejar arrebatar por el entusiasmo hasta la expresión de la propia estimación satisfecha—baterías enteras conquistadas al enemigo, banderas que flameaban orgullosamente amenazadoras y hoy penden lacias de sus mástiles como pájaros con las alas cortadas—, se limita a añadir:

—La Brigada entera se portó bien. Y los objetivos del Mando se cumplieron a satisfacción.

Luego, Brunete. Una página militar que en la Historia tendrá una significación de admirable eficacia que acaso aun no hemos desentrañado del todo. Ahora...

—Donde el Mando me ordene—termina el comandante Gutiérrez—. A disposición siempre del Mando. Con una disciplina que en los hombres de las primeras Milicias Confederales es un distintivo mientras la guerra siga. Fieles a la República democrática que es hoy nuestra República, para que luego la República, cuando la guerra acabe, sea lo que deba ser.

José ROMERO CUESTA

RUSIA

El último sueño de **MAXIMO GORKI**

Un gigantesco palacio de Medicina Experimental

RUSIA es hoy el país de las realizaciones maravillosas. Sueños de un día, deseos que en otros países apenas pasan de eso, de deseos, no tardan en ser realidades bajo el dinamismo gigantesco que es hoy como el alma de la U. R. S. S. Frecuentemente, el Mundo recoge, con resonancias amplísimas, los ejemplos que en ese sentido nos llegan del país de los Soviets. Un día es el canal del Volga al Moscova. Otro día es el vuelo hacia América, pasando sobre los hielos del

Polo. Sueños mil veces acariciados, que la U. R. S. S. realiza ahora magníficamente, en una noble y alta ambición de superación constante.

Uno de esos grandes sueños está ahora también en vía de realización: un gigantesco Palacio de Medicina Experimental. Con ello se creará una obra de enorme importancia científica y práctica, y, al mismo tiempo, de gran valor sentimental. Porque la idea de una construcción de este género fué el gran pensamiento de Máximo Gorki, su último sueño, el deseo que él acariciaba cuando ya la muerte rondaba al glorioso escritor.

A través de la profunda emoción humana que llena la obra de Gorki, se advierte el apasionado amor del escritor hacia los niños, hacia los débiles, hacia los enfermos. Y este amor por los enfermos fué el que le hizo acariciar, ya en la parte final de su vida, aquella idea de un gigantesco Palacio de Medicina Experimental. La idea va ahora a realizarse. Y en este sentido, el Palacio tendrá, junto a su valor científico, un profundo símbolo emotivo, un sentido de devoción sentimental hacia la figura y la obra de Gorki.

Ya se ha encontrado, no lejos de la capital de la U. R. S. S., un lugar adecuado para el emplazamiento del edificio. Este se levantará entre Pokrovski y Strechniv, mirando hacia Jorchebski y Serebriani, cerca de la orilla del Moscova.

Será una edificación inmensa. Tendrá doce pisos. Y desde Moscú podrá verse la imponente mole del Palacio reflejándose en las aguas que la técnica soviética ha hecho marchar hacia mares distintos.

Todas las ramas de la Medicina serán campo de estudio y experimentación en esta construcción vastísima, que constará de 6.500 habitaciones, destinadas, en su mayor parte, a laboratorios. De aquellas salas, de aquellos miles de hombres inclinados sobre fórmulas, cuerpos químicos y tubos de ensayo, saldrá una serie incalculable de beneficios para la humanidad doliente.

El Mundo sigue infatigablemente su ritmo de avance. La Gran Guerra, entre tantos dolores, trajo un considerable progreso para la Cirugía. Mas la Medicina no ha ade-

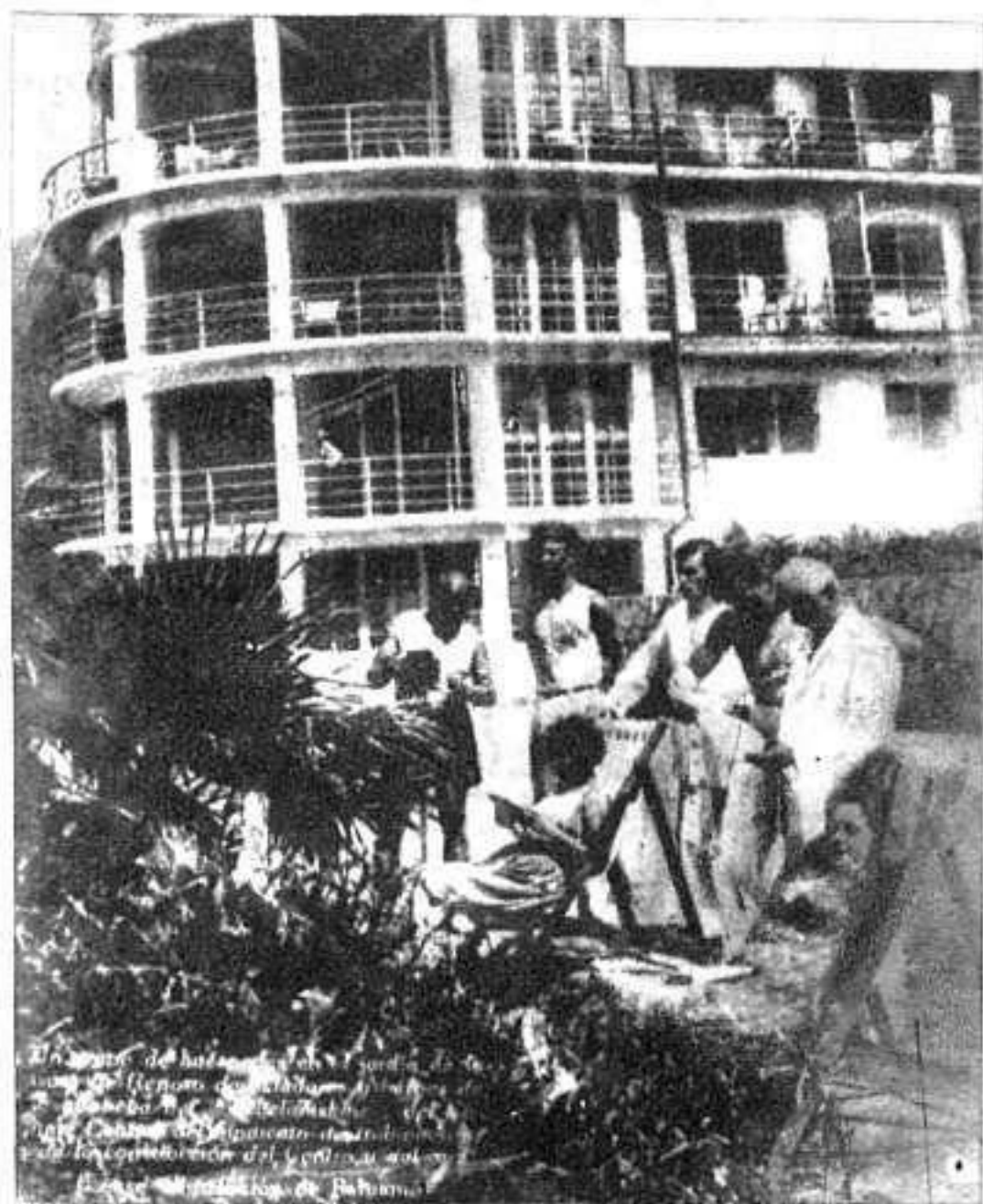
lantado en la misma progresión. Gorki sintió esto en su profunda sensibilidad humana, y soñó para la Medicina un avance comparable al conseguido por la Cirugía. Como medio para el logro de ese avance, un gigantesco edificio en el que pudiesen ser realizadas, como en un inmenso laboratorio, con toda suerte de medios, todas las experiencias y todas las audacias conducentes al logro de aquel fin.

Médicos e investigadores soviéticos visitarán, para iniciar la realización del proyecto, los principales centros científicos de Europa y América. Recogerán las experiencias más modernas, los datos más útiles e interesantes. Cuando todo este material preparatorio se haya reunido, cien personalidades especializadas en temas de Construcción, de Medicina y de Química se reunirán para discutir las orientaciones y la organización del proyecto para redactar el plan definitivo. Para dentro de un par de años, el Palacio será seguramente una realidad, un campo magnífico abierto a todas las posibilidades y todas las audacias.

Naturalmente, en la instalación se tenderá a recoger cuanto sea la última palabra en las diversas disciplinas médicas que allí encontrarán cabida. El instrumental será perfecto. Junto al Palacio, habrá una fábrica de gases, en la que puedan ser elaborados los necesarios a las distintas experiencias. Una central eléctrica producirá una energía capaz para 10.000 kilowatios. Los laboratorios de productos químicos y de materias peligrosas estarán suficientemente apartados del núcleo central de las construcciones, para evitar todo riesgo.

Se emplearán en la edificación 75.000.000 de ladrillos, 53.000 toneladas de cemento, 135.000 metros cúbicos de madera, 27.000 toneladas de hierro, 380.000 metros cúbicos de arena... Cifras fantásticas, que a tantos creadores de proyectos que nunca se realizan parecerán imposibles.

Pero todo esto, que ilusionó la última parte de la vida de Gorki, no será visto por el gran escritor. Y, sin embargo, el alma de él, su profundo amor a la humanidad, estarán allí, perennes, como el alma misma de este Palacio que quiere realizar una obra de bien en favor de la humanidad doliente.



Dos imágenes que reflejan el espíritu constructivo de la U. R. S. S.: el jardín de una Casa de Reposo para aviadores y el Sanatorio del Consejo de los Sindicatos de Georgia



EL DRAMA DE ESPAÑA ANTE LA S. DE N.

La anécdota en torno a la tragedia

UNA vez más, la voz de España va a oírse en la Sociedad de Naciones. Ante un coro de egoísmos y conveniencias, aquella voz nuestra dirá en alto una verdad desnuda y cruel. ¿Cuál será la respuesta ginebrina a nuestra demanda? ¿Recobrará la Sociedad de Naciones el alto espíritu con que fué creada, o sus decisiones serán, como otras veces, el escamoteo de la justicia? De temer es que al gran organismo ginebrino pueda seguir llamándose, con razón, lo que ya se le llamó hace años: la impotencia organizada. Tras el bello propósito y la realidad desconsoladora que en estos últimos tiempos han formado la Sociedad de Naciones se mueve un mundo complejo y se agita una múltiple organización, en la que se funden frecuentemente lo pintoresco y lo dramático. Vamos a recordar hoy, cuando la voz de España va a oírse otra vez en Ginebra, algunos de esos aspectos curiosos o interesantes de la vida oficial e íntima de la Sociedad de Naciones.

El dinero que cuesta al mundo la S. de N.

¿Qué le cuesta al mundo el organismo ginebrino? Su presupuesto total, incluyendo en él los gastos del Tribunal Permanente de Justicia Internacional y la Oficina Internacional del Trabajo, es de unos treinta millones de pesetas en oro. Inglaterra es la nación que con mucha diferencia paga más que ninguna otra. Su cuota anual es aproximadamente de dos millones y medio. La Sociedad propiamente dicha, sin los dos organismos antes citados, equivale en su coste a la dozava parte de lo que vale un acorazado moderno. Cada español paga anualmente cerca de cinco céntimos para el sostenimiento de la Sociedad.

Los idiomas de la Asamblea

Desde la iniciación de la Sociedad se propuso que en los debates el francés y el inglés fuesen los únicos idiomas oficiales, reservando expresamente, sin embargo, a todas las Delegaciones el derecho de emplear su lengua nacional, siempre que ellas mismas se cuidaran de la traducción extractada de los discursos.

Hubo, a este propósito, una intervención de los representantes de diez y ocho Estados—Inglaterra, Bélgica y Suiza, entre ellos—para que al español se le reconociese igual derecho de preferencia que al francés y al inglés. Esto hizo desaparecer del reglamento la expresión *idiomas oficiales*; mas no se consiguió, por razones de economía de tiempo y de dinero, el propósito perseguido.

Claro es que subsiste el derecho de usar el idioma propio, derecho que en varias ocasiones ha sido ejercitado.

El único sombrero de copa

En cuanto a decoración y etiqueta, las reuniones se celebran con una gran sencillez. No se ven maceros en la tribuna presidencial, ni cascacas de galones dorados en las entradas o en los pasillos. En cada puerta, un gendarme ginebrino, tocado con el clásico sombrero napoleónico, es el símbolo del orden. Casi todos—delegados, periodistas, público—los que asisten a



El palacio de la Sociedad de Naciones, en Ginebra, en el que va a oírse ahora la voz de España: dolores y razones que nuestros representantes expondrán ante el mundo con el acento desnudo y hondo de la verdad

las reuniones ginebrinas, visten la democrática chaqueta. Sólo de tarde en tarde se ve un chaquet. Y sombreros de copa, sólo el del presidente. En la primera Asamblea inició esta costumbre Paul Hymans, un elegante ministro belga, y han seguido ese hábito todos los presidentes que la Asamblea ha tenido después.

La oratoria

El estilo oratorio de la Asamblea es cada vez menos retórico, más sin tópicos y sin palabras vacías. Se va a una oratoria sobria, conisa, ceñida. Los delegados suben a la tribuna para aportar elogios concretos o censuras a la labor de la Sociedad, o para exponer, en relación con problemas delicados que afectan directamente a sus países, los puntos de vista y los deseos de sus Gobiernos respectivos.

Un hecho que suele dar ocasión a interpretaciones pintorescas es la dificultad que para muchos delegados supone el tener que pronunciar sus discursos en una lengua que no es la suya. Así ha podido nacer una frase según la cual en la Sociedad de Naciones se hablan el francés y el inglés en todos los idiomas.

Una aguda visión de Bernard Shaw

Con su ágil espíritu de siempre, Bernard Shaw ha sabido ver certeramente un perfil caricaturesco en las reuniones ginebrinas. He aquí las palabras del escritor inglés: «Afortunadamente, las señoritas de la Secretaría, que tienen abundante sentido dramático, arreglan la plataforma

de modo que el presidente, los oradores y el personal directivo están amontonados allá abajo ante un ancho cortinón teatral, que, dividido en tres partes, permite entradas y salidas de alto efecto dramático a derecha e izquierda del centro. Cuando una señorita secretaria tiene un traje nuevo o por cualquier otra razón se imagina que está apetitosa, aguarda hasta que el orador—posiblemente un chino engolfado en pronunciar bien un papel escrito en su mejor francés—haya reducido a la desesperación a la mitad de la galería, y a la otra mitad, a una estentórea siesta; y entonces, apartando súbita, pero graciosamente las cortinas, revela su encantadora silueta de maniquí, mientras hace como si buscara, con fascinante mirada, al jefe de su oficina. El efecto es eléctrico. El auditorio despierta, y pasa como un relámpago del desesperado abotargamiento a una tensa admiración, con gran estímulo para el orador, quien, de espaldas a la linda aparición, se queda plenamente convencido de que al fin ha logrado subyugar a sus oyentes.»

Cuatrocientos funcionarios en la Secretaría

La extensión y la complejidad de la labor de Ginebra exige una amplia organización burocrática, que tenga el doble carácter de permanente e internacional. Ella ha de preparar la labor para el Consejo, para la Asamblea y para las Comisiones; ella ha de dar cumplimiento a los acuerdos y las resoluciones que se tomen. Todo

este gran trabajo es organizado por la Secretaría general, que funciona permanentemente en Ginebra, y que viene a ser como el nexo de unión y el espíritu de continuidad entre los frecuentes cambios que registran las Delegaciones nacionales. Forman la Secretaría unos cuatrocientos funcionarios, entre hombres y mujeres, procedentes de casi todos los países.

Para los escépticos: aquella vez en que la intervención de la S. de N. fué eficaz

Recordemos ahora, finalmente, un momento en que la actuación de la Sociedad de Naciones fué eficaz. Fué hace doce años, al surgir una querrela entre Grecia y Bulgaria. Recibida en Ginebra, en la Secretaría del organismo, la demanda búlgara de intervención—era la mañana del 23 de Octubre—, el presidente en ejer-

cicio de la Sociedad de Naciones, M. Briand, dirigió desde París, a la una de aquella misma tarde, un urgente llamamiento a los Gobiernos de Bulgaria y Grecia para que cesaran las hostilidades. En el teatro de operaciones era inminente, en aquel momento, una gran batalla. El Gobierno griego había dado orden a sus tropas de iniciar la ofensiva contra Petritch el día 24, a las ocho y treinta de la mañana.

La orden de suspender el movimiento de ataque, enviada por el Gobierno de Atenas tan pronto como recibió el telegrama del presidente del Consejo de la S. de N., llegó al campo de la inmediata batalla a las seis de la mañana del día 24. Es decir, sólo dos horas y media antes del momento en que debía de iniciarse el ataque.

El Consejo de la S. de N., reunido en pleno tres días después de recibida en Ginebra la petición búlgara de intervención, logró que las dos partes diesen órdenes a sus tropas para que cesaran definitivamente las hostilidades y para

que evacuasen los territorios ocupados en un plazo máximo de sesenta horas. Las órdenes se cumplieron con toda exactitud.

Tres semanas más tarde, la Comisión de Enquesta enviada al escenario de los sucesos—la presida sir Horace Rumbold, embajador de Inglaterra en Madrid—determinó las responsabilidades, fijó la indemnización que Grecia debía pagar a Bulgaria por los daños morales y materiales causados durante su invasión del territorio búlgaro, y recomendó al Consejo que prescribiese a las dos partes la adopción de una serie de medidas de carácter militar y político, encaminadas a impedir, o por lo menos limitar, en lo futuro, los incidentes que fueron el origen casi constante de las guerras balcánicas. Los dos países aceptaron íntegramente la decisión y las recomendaciones del Consejo.

Aquella actuación de la Sociedad de Naciones fué, como se ve, eficaz. Pero de esto hace ya doce años.

Esos caballeros de la sonrisa enigmática

VA a celebrarse la no sabemos qué número reunión de la Sociedad de Naciones. Reunión de rabadanes, en la que, según el clásico refrán castellano, siempre resulta una oveja esquilmada, por lo menos.

No hay nada más incongruente ni en definitiva más estéril que esa rutina—consagrada, eso sí, por los siglos—, que consiente que las angustias del hambriento trate de resolverlas un ahito, y que la justicia para quien sufrió dolores la discierna el que es feliz.

Cuando un pueblo tiene ansia de paz, o de pan, o de libertad, o de justicia, resulta absurdo que su destino lo jueguen, alrededor de una mesa, unos cuantos caballeros ajenos a ese pueblo. Caballeros bien nutridos, bien vestidos, bien acomodados, que tienen por armas una sonrisa enigmática y unas palabras de ambigua retórica.

Así le sucede a España cada vez que recurre a ese conclave pomposo y perezoso que se llama la Sociedad de Naciones. El hombre de España—Giral o Alvarez del Vayo ayer, el doctor Negrín mañana—llegan al espléndido palacio de Ginebra como unos huéspedes extraños y detonantes. Su atuendo indumentario, prendas de cortesía, van impregnados del dolor, de la sangre, de la angustia dramática de todo un pueblo que lucha y sufre. Contrasta, desentona, pese a

la uniformidad externa, con las ropas impecables de los *gentlemen* que sonríen ante los objetivos de los *cameramen* y tienen en los cristales de sus lentes un tinte de rosado optimismo, vaho de sus tranquilas digestiones, o un polvillo áureo de los intereses que representan.

Todos los recursos, aun los más patéticos, tienen por eso en la Sociedad de Naciones la única salida de la dilación; es la pereza cobarde y comodona del bienestar; es la sonrisa fotogénica en el trance de eludir, de hurtar, al riesgo y aun a la solidaridad, la línea feliz del egoísmo. Dejar hacer, dejar pasar: la fórmula del estatismo pusilánime, del avaro abroquelado en su áureo caparazón.

Clásica la estampa del diplomático, *specimen* humano que se diría hecho con pergamino de inútiles Tratados, nervios insensibles, gestos de autómatas.

Cuando los problemas, calientes de humanidad, desgarrados, ululantes, de los pueblos que sufren llegan ante ese senado, tienen que fracasar fatalmente. Son problemas, angustias, dolores humanos que no le van a los autómatas, impermeables a la emoción por *diletantismo*, por tradición y por intereses bastardos.

Y así, el conclave nacido para hacer respetar la Justicia y el Derecho en las relaciones entre los pueblos, fracasa cuando Abi-

sinia llega hasta él con las manos llagadas y el pecho desgarrado por la brutalidad del «hecho consumado», como fracasó antes cuando fué incapaz de intentar siquiera evitar que el despotismo japonés atropellase a China. Es ahora España la que va periódicamente a Ginebra a exponer, con voz viril y conmovida, sus anhelos de justicia. Gritos de un pueblo atropellado que no encuentran eco en los suntuosos salones del Palacio de la Paz. Ya sangra la ironía del título, cómo resguardo para que en él se amortigüen las ondas, terriblemente sonoras, de esa cosa trágica que es la guerra.

Los caballeros bien vestidos, bien nutridos, de la sonrisa enigmática, no se estremecen; se les violentaría la recta impecable de los pantalones y se les quebraría el gesto fotogénico, que luego multiplican los «noticiarios».

Otra cosa sería si en el palacio de Ginebra tomaran asiento auténticos representantes de los pueblos, en que ahora se respaldan figuras decorativas. Una de las más grandes conquistas democráticas es la de la Justicia interpretada por el Jurado popular. La más honda transformación jurídica de nuestra lucha es la creación de los Tribunales populares. Que juzgue al hambriento el que supo alguna vez lo que es la necesidad; al paria, quien sufrió humillaciones; al soberbio, quien se sintió herido por el despotismo; al perseguido, quien sufrió persecución de la Justicia.

Cultura y nobleza del espíritu que sólo se adquiere al roce rudo de la realidad. Porque se reúnen esos brillantes caballeros diplomáticos en un salón; representan una clase selecta de la sociedad, intereses de organizaciones financieras, tinglados de una política convencional de *élite*, ambiciones de poderosos, miedo de negocios, codicias de banqueros y fabricantes de armas.

Detrás de ellos no están sus pueblos, los auténticos hombres que trabajan, rugen y luchan sus inquietudes, sus ansias de humana solidaridad. No están detrás de esos hombres que deciden la paz, la guerra o la justicia, precisamente los millones de hombres que crean en la paz y mueren en la guerra y son víctimas de la injusticia.

Por eso, de todos los respetables caballeros que ahora, una vez más, van a enfrentarse con el drama español, es inútil esperar nada. Llevan el fracaso en su misma esencia. España apelará en vano a la justicia de los otros pueblos mientras estos pueblos estén aparentemente representados por estos caballeros del alma impermeable y la sonrisa enigmática.

... Esta es la verdad de la España rota, ensangrentada, invadida. ¿Hallará el debido eco de justicia en Ginebra esa verdad de nuestro drama?



MADRID

Niños entre la metralla

La plaza, la que ahora llaman *del Guá*, estaba casi siempre silenciosa. Un rectángulo de balcones flanqueaba el juego de los niños fuera del peligro de la circulación, que se volcaba en gritos metálicos de *claxons* y de tintines de tranvía que venían a dormirse allí desde las calles próximas. En el centro, con la escolta de tres palmeras y dos faroles con perfil de antigua escenografía matritense de sainete, unos niños de piedra rodeaban a una figura femenina, inmóvil en su sueño de cinces, pero dinámica para la ruta eterna del simbolismo. Un monumento a la infancia, cuajado en estas palabras amorosas grabadas en el pedestal: «Para inculcar en las almas un vivo y duradero amor a la Poesía, debemos empezar por inculcarlo en el alma del niño.» Pero como ni la poesía ni los niños son zonas de afecto para los rebeldes, cuando empezó el bombardeo de Madrid comenzaron a caer allí bombas de aviación. Los faroles quebraron su talle esbelto de hierro, y las palmeras, para no ser menos, saltaron violentamente, mordidas por la metralla, hasta convertir su abanico verde de hojas estilizadas en escobas sobre el polvo violento de la plaza. Luego, los obuses hicieron lo demás. En el cuadrilátero de balcones que daba escolta a los juegos de los niños hubo un nervioso parpadear de ventanas cegadas por las explosiones. Carne tierna de niños que devanaban sus ensueños infantiles junto al monumento que la mano municipal colocó allí para que se convirtiera en sonrisa grata a su mundo de fantasías azules, quedó destrozada entre el plomo, con carmines violentos de sangre escribiendo un mensaje rojo de protesta sobre la tierra recién removida. En muchos balcones se volvió a levantar el párpado verde de las persianas, buscando en el doloroso espectáculo la posible confirmación de una corazonada que atenazaba las gargantas de las madres.

Ahora, en los claros de calma relativa, cuando la voz ronca de los obuses se ha extinguido para tomar aliento nuevo y volver a gritar, los niños juegan otra vez en la plaza desolada y con el suelo removido. Y con un maravilloso instinto de homenaje a quien les ofreció un homenaje de piedra bien grabada, se sientan en las gradas del monumento para leer sus libros, que a veces no tienen las estampas pródigamente coloreadas de las ilustraciones de los cuentos infantiles. Por ejemplo, este «chaval» —mirada viva, gesto alegre y una sonrisa pícaro de buen madrileño que ya no se asusta de nada— que aguantó en la plaza, sin que se le alterara un solo músculo infantil, muchas horas de bombardeo. Está leyendo un libro de medula heroica y viril. El *Cancionero de la guerra*, editado por la Sección de Propaganda del Comisariado.

Me le muestra con un gesto de orgullo:
—Me le ha regalado mi padre. A él se le dieron cuando estuvo herido. Porque mi padre, ¿sabes?, es soldado.

ANTONIO OTERO SECO

España en la Exposición Internacional de París



Una enorme cantidad de público desfila diariamente por las instalaciones de nuestro «stand» en la Exposición de París. He aquí la rompa de acceso a una de las secciones más interesantes: la de Folklore



La fuente luminosa del mercurio de Almadén



El «stand» de los libros que llevan al público de la Exposición el mensaje del pensamiento y la sensibilidad de España



La sardana, interpretada en el Teatro del Pabellón Español

Un aspecto exterior del Pabellón de España



Perros bien fogueados

ME encontraba yo en un bello pueblecito que distaba muy poco de la línea de fuego, y al que el enemigo bombardeaba diariamente en aquellos azarosos días de Noviembre del año pasado.

El pueblecito había sido totalmente evacuado por la población civil. Pero después de la salida de los vecinos habían quedado allí, desparramados, como gorriones sin nido, varios animales: algún borriquillo, perros, gatos, que se acercaban a los soldados para que les dieran de comer.

He tenido siempre gran amor a los perros. Siete habían quedado en el pueblo, y me hice cargo de ellos, manteniéndolos con las sobras de nuestros ranchos.

Una noche, como otras muchas, la artillería enemiga empezó a castigar duramente al pueblo. Como yo estaba de servicio, a la intemperie y en un lugar muy batido, fui a refugiarme en una pequeña alcantarilla que a la entrada del pueblo atravesaba la carretera.

Voy a entrar tranquilamente, creyéndola desocupada, y cuál no sería mi sorpresa al ver a mis siete perros, uno detrás de otro, en perfecta alineación, tan cómodamente colocados que ocupaban toda la alcantarilla de una boca a otra.

Quise penetrar, y fué en vano: los animales ni obedecían a mi voz, ni siquiera empujándoles con la culata del fusil logré que se movieran un solo centímetro. Todos los esfuerzos que hice resultaron inútiles. Callados, pegados unos a otros, los perros, con su resistencia pasiva, eran más fuertes que yo. No pude conseguir que ni uno solo saliera de su escondite. Y no tuve más remedio que tumbarme en la cuneta de la carretera, llena de barro, y allí aguantar un bombardeo más que regular, del que, por fortuna, salí ileso. Mis «protegidos» me habían ganado por la mano. Lo que no fué obstáculo para que al día siguiente se presentaran ante mí, a la hora de la comida. ¿Qué iba a hacer? Les repartí las sobras, aunque en mi fuero interno he cambiado mucho de opinión sobre la verdad de ese refrán que dice que «el perro es el mejor amigo del hombre». — JOSÉ SOBRECASAS.

Un héroe

«Entre unos pinos, en un cerro no muy alto, habían instalado los fascistas un cañón bien «camouflado», que todos los días, a la misma hora, nos obsequiaba con una «tocata» regular.

Un compañero muy bromista, cansado ya de la música, nos propuso a otros varios acabar de una vez con el concierto. Nos preparamos con bombas de mano, y a favor de las sombras nos deslizamos fuera de la trinchera. Ibamos siete, avanzando en fila india y alargando el paso para no perder de vista al compañero que se había propuesto hacer enmudecer al cañón.

No sé si recelarían algo los fascistas, pues se oyeron varios disparos que pasaron silbando por en-



¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRÁFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

los hicimos andar hacia nuestras líneas.

Cuando íbamos por la mitad del camino oímos una explosión tremenda. Se había producido al reventar el cañón enemigo, en cuya boca nuestro compañero había metido unos cartuchos de dinamita. ¡Por fin habíamos acabado con la «música» que todas las noches a la misma hora, se empeñaba en interrumpir nuestro descanso! — MANUEL LAFAJA.

Un leal

«Desde primera hora de la madrugada se había estado bombardeando el pueblecillo ocupado por los facciosos. Al amanecer se dió la orden de ataque, y avanzamos decididamente. Tomamos sin lucha el lugar, porque los fascistas, temiendo nuestro avance, lo habían evacuado antes de que fuera de día. Al llegar al pueblo vimos un gran portalón del corral de una casa de labor. Y en el portalón, escrito con yeso, leímos un «¡Viva la República!» con grandes letras y trazo firme.

A todos nos emocionó mucho aquella prueba de adhesión en un sitio que había estado muchos días en poder del enemigo. Un hermano nuestro, de los muchos que a la fuerza hacen luchar contra nosotros los rebeldes, había querido dejar aquel testimonio, arriesgando su vida al escribirlo seguramente en el instante mismo en que le ordenaban la retirada. ¡Con qué pena seguiría a sus verdugos aquel camarada! — ANGEL MARTÍNEZ.



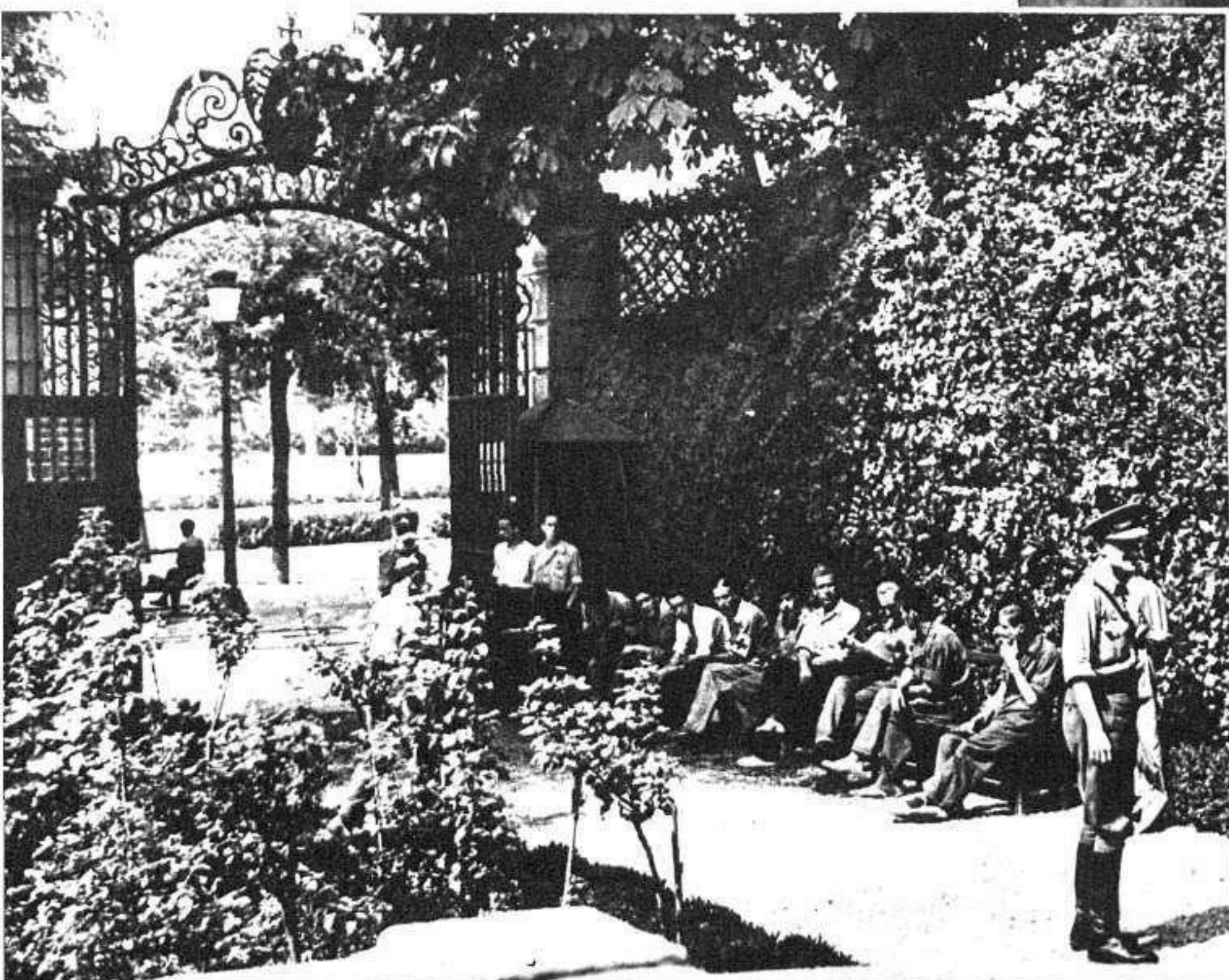
Los nuevos «quintos», al dirigirse hacia sus cuarteles de Madrid

LA CRUZ ROJA Y LA GUERRA

Escenas en el cuartel
de la Primera Briga-
da Mixta Sanitaria



En el bar de la Brigada



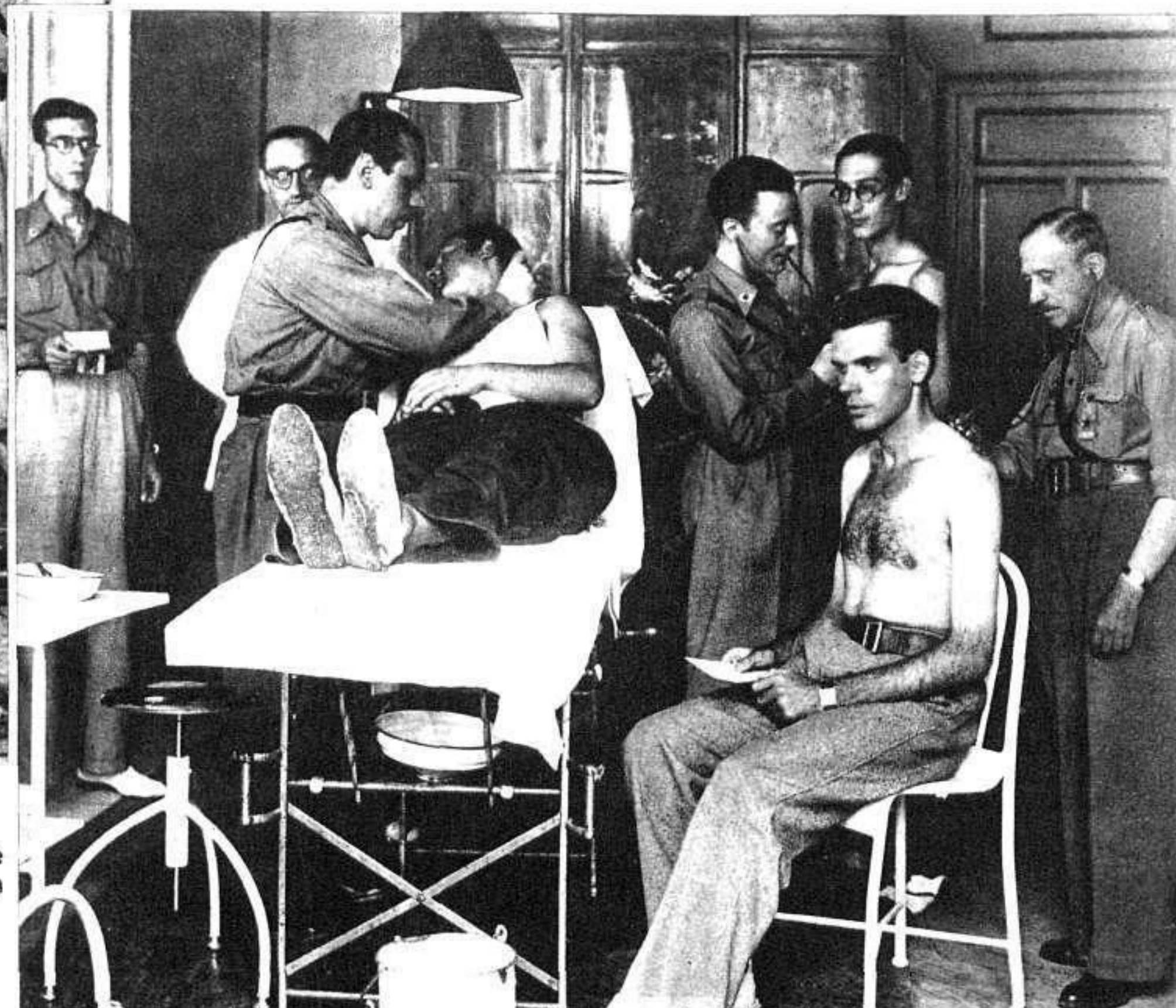
La entrada al cuartel



Un rato de dominó en las horas fuera de servicio



El taller de zapatería
y sastrería
(Fots. Videal)



El reconocimiento médico de
los muchachos que quieren
ingresar en la Brigada



Una enfermera del Dispensario Infantil del Primer Comité Local de la Cruz Roja madrileña, pesando a un chiquitín



El baño de sol artificial, en el Dispensario que dirige la doctora María del Pilar Niño

La Cruz Roja y la guerra

La labor de los Comités locales

Los consultorios gratuitos

Los puestos de socorro

Las patrullas antigás

dades a que atienden estos organismos locales de la Cruz Roja.

La guerra, al imponer el traslado de las actividades de una zona a otra más libre de riesgos y daños, ha hecho que alguno de estos Comités haya tenido que improvisar sus instalaciones sobre locales nuevos, sin que por esto haya padecido en ningún momento la perfección y la continuidad de los servicios sanitarios.

La acción de los Comités locales es muy amplia. Tienen, en primer término, los citados consultorios, públicos y gratuitos, con especialistas en todas las ramas de la Medicina. Tienen, además, puestos de socorro permanente, para acudir con toda presteza al sitio a que sean llamados y atender con cura de urgencia a las personas heridas. En este aspecto, se ha prestado una cantidad considerabilísima de servicios, en los que la población civil madrileña ha podido comprobar—aunque la comprobación haya tenido que venir por un camino de dolor—la excelencia de esta organización de nuestra Cruz Roja.

Se debe también a los Comités locales la intensa labor de profilaxis antitífica y antivariólica realizada en Madrid, donde las dos terceras partes de la vacunación total de la población civil fué realizada por esos organismos de la Cruz Roja.

Se han creado consultorios especiales para



En el Dispensario—en el que, además de los servicios de la Cruz Roja, se prestan los de la Sanidad oficial—se facilitan los alimentos necesarios a los niños



Una cura de urgencia en el Primer Comité Local de la Cruz Roja

LA actividad tradicional de los Comités locales de la Cruz Roja ha tenido, necesariamente, que multiplicarse por lógica exigencia de la guerra. El número de servicios que ahora se prestan es muchísimo mayor que el de antes de la lucha. Hay que tener en cuenta, además, que muchos médicos han tenido que incorporarse a los frentes, para prestar en ellos servicios de Sanidad de guerra. Y, sin embargo, en ningún momento, merced a la labor de los Comités de la Cruz Roja, se ha visto desasistida en este aspecto la población civil. Equipos de médicos de todas las especialidades han prestado y prestan servicio público y gratuito a cuantos quieren acercarse a los consultorios instalados por los citados Comités locales.

Estos Comités son actualmente siete en Madrid, correspondiente cada uno de ellos a dos distritos o zonas. Está cada uno regido por una Junta de gobierno, cuyo presidente es el delegado del Comité central de la Cruz Roja. Como vocal nato figura siempre en esa Junta de gobierno el jefe facultativo de los servicios del Comité. Al frente de estos servicios está en los varios Comités un médico de destacada personalidad, a cuyo alrededor se agrupan los otros médicos encargados de las distintas especiali-

niños, en combinación con el Servicio de Puericultura oficial. En esos consultorios se reparten, como es sabido, alimentos adecuados para los niños pequeños. También para el tratamiento de la población infantil se dispone de playas artificiales, en las que los chiquitines hacen la cura de luz que el tratamiento de su enfermedad exige.

Los riesgos de una posible agresión por arma química no podían permanecer al margen de la acción de la Cruz Roja. Y así, ésta, a través de sus Comités locales, ha creado las patrullas antigás. (Obra suya son también las patrullas antiincendio.) Y ha dado, en colaboración con la organización de los Comités de Vecinos, una serie de conferencias de divulgación, para que el público conozca los daños de la guerra química y el modo de defenderse contra ellos.

Bajo la alta dirección del Comité central de la Cruz Roja, la labor de los Comités locales es, como se ve, amplia y múltiple. Se cuentan por

muchos millares los servicios prestados en Madrid en lo que va de guerra por la humanitaria institución, a través de esos Comités. La retaguardia madrileña, esta población civil serena y heroica, tiene en toda esa labor una de sus mejores asistencias y una de sus mejores garantías.

La espera del momento de la consulta en el Dispensario Infantil del Primer Comité Local donde, bajo la misma dirección de la doctora Niño, se atiende también a los servicios de la Puericultura oficial (Fots. Videar)



Siembra para mañana

Como si no hubiera guerra. El 1.º de Septiembre, por disposición gubernamental, se ha reanudado la vida escolar en toda la España leal. En Madrid, los edificios construidos para escuelas, y que en los primeros tiempos de la contienda se utilizaron con fines anexos a la lucha, han sido restablecidos en su función docente.

Ha sido ésta de la reanudación de la vida escolar una de las medidas que en lo civil ha tenido una significación más enjundiosa y simbólica de lo que para la España republicana significa la trágica lucha a que nos han arrastrado los fascistas. Para la España democrática, la guerra no es un instrumento de conquista ni una expansión de apetitos. Es un imperativo fatal de las circunstancias, un ingente sacrificio aceptado por necesidad

surcos de luz en las almas de los luchadores. Se pelea en montes y llanadas, pueblos y ciudades. La metralla siega vidas y destruye obras útiles del esfuerzo humano. Es el sino trágico de la guerra, la zona de sombras en el espíritu humano. Pero al mismo tiempo hay una siembra magnífica de libros en campos y cuarteles; se preocupa fervorosamente el Estado para que al niño no le falte instrucción, y los combatientes de la cultura, igualando en heroísmo a los más bravos, van a los parapetos, y mientras la muerte acecha y el aire crepita en ráfagas asesinas, enseñan a leer y a escribir a los hermanos de más triste sino, a los que la ignorancia —páramo grato a todos los despotismos— mantenía sumidos en ceguera espiritual.

Ha habido en esta clara mañana de pri-

meros de Septiembre como un temblor cándido de alas puras en los pórticos de los grandes edificios escolares. Millares de niños que el huracán de la guerra esparció han vuelto a agruparse, como nidadas nuevas, en las aulas de la España leal.

Una grande, profunda y simbólica batalla se ha ganado, y no figura en los partes de guerra. Como que no es victoria de hoy, sino semilla para las mejores victorias del porvenir, que es lo que importa. Millares de niños que van a rescatarse para la cultura, para la luz de la inteligencia, más poderosa que todas las sombras malditas de la guerra. Todo para la guerra; todos para la guerra es la consigna severa y unánime de la España de esta hora; consigna dramática que el Destino impone y hay que cumplir. Con esa sola excepción que el Poder Público

sinetiza en esa orden de reanudación de la vida escolar: todo y todos para la guerra, menos los niños. Que luchen y mueran los hombres de hoy; pero que sean la salvaguardia y la garantía de los hombres del mañana. Vengan para nosotros todos los dolores y todos los horrores. Pero que ellos no lleguen a nuestros hijos, que no contaminen sus almas; que nuestras rivalidades no impregnen sus espíritus, que hay que conservar limpios, ni enturbien sus cerebros, que tenemos el deber sagrado de hacer luminosos. Es la única, y también la mejor razón de esta guerra, que pone a prueba todas nuestras potencias: el poder mañana dignamente, orgullosamente, decir a nuestros hijos que fué por ellos, por conquistarles el derecho a una vida mejor, más libre y más justa, por lo que nosotros nos llenamos de sangre las manos y de dolor la conciencia.

Bien haya la orden que reanuda en el momento álgido de la lucha la vida escolar. Si como nunca es necesario equipar bien a un soldado de hoy, es más que nunca un imperativo de razón y de sentimiento capacitar a un hombre inteligente para mañana.—J. F.

EL DOLOR



NO HACE
EITRAGO ALGUNO
A LO QUE POR
SABIA PRECAUCIÓN
TIENEN EN CASA
UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con
agua UNA, DOS o
TRES veces, vence todo
dolor. El reumatismo fe-
bril cura tomándolo
TRES o CUATRO veces,
repartidas durante el
día. En el dolor crónico,
tomado en ayunas,
OCHO o DIEZ días en
cada mes.

Solicite prospecto al
**LABORATORIO
MANDRI**
Provenza, 203
BARCELONA

digna y con estoicismo viril. La guerra —sobre todo una guerra como la nuestra— es para toda conciencia impregnada de responsabilidad humana una crisis trágica en la ruta de los pueblos, que hay que vivir con dignidad, pero sin complacencia, considerándola como en el organismo físico se estiman las dolencias morbosas: soportándola con entereza, pero procurando por todos los medios atajarla. La Humanidad quiere vivir, y la guerra es la muerte.

Por eso nada de más entrañable emoción que poner en los horrores infecundos de la violencia desatada ese afán de noble supervivencia, ese anhelo de conquistas fecundas y pacíficas que significa dar estímulos a la cultura.

Nuestra España, aun convulsa por el drama, no olvida ese ritmo sagrado. Se preparan cañones y se proyectan batallas; se conmueven campos y ciudades al estruendo bélico; se ofrecen, en holocausto, millares de vidas... Es la guerra. Pero no importa este presente de destrucción y de sangre.

Por encima de él, que es lo transitorio, la crisis brutal y horrenda, está el afán constructivo, el ansia fecunda de lo que es más fuerte que todas las violencias de la materia: el cultivo del espíritu, el anhelo inefable de la cultura.

La guerra arranca millares de brazos al trabajo y pone en la retaguardia tensas todas las energías para servir fines de lucha.

Pero no importa. Al mismo tiempo se crean los Institutos para Obreros, que abren horizontes de cultura superior a los proletarios, y se organiza minuciosamente la enseñanza para los niños, los hombres del mañana, y a los campamentos y a las mismas líneas de fuego llegan los maestros para abrir

tarse para la cultura, para la luz de la inteligencia, más poderosa que todas las sombras malditas de la guerra. Todo para la guerra; todos para la guerra es la consigna severa y unánime de la España de esta hora; consigna dramática que el Destino impone y hay que cumplir. Con esa sola excepción que el Poder Público

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demas enfermedades
originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de
cabeza, ramba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormi-
gueos, (adidos o pesmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir,
perdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, he-
morragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desapa-
recen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias
médicas de varios países: suprime el peligro de ser víctima de una
muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso;
sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, con-
tinuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con
el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2. Barcelona, Segalá Rbla
Flores, 14. y principales farmacias de España, Portugal y América

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, por Martín Ez-
tala. Redactada forma que hace
innecesario profesor. Sexta edi-
ción, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Li-
brería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección
dirijase a «Publicitas», Aveni-
da de Pi y Margall, 9, entresue-
lo.

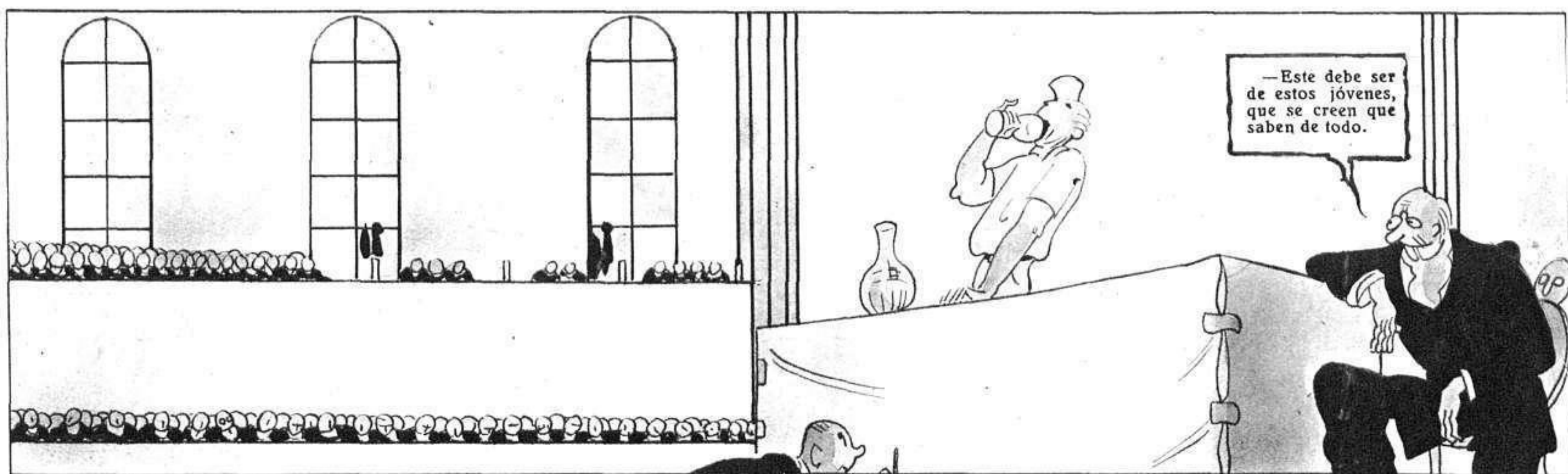
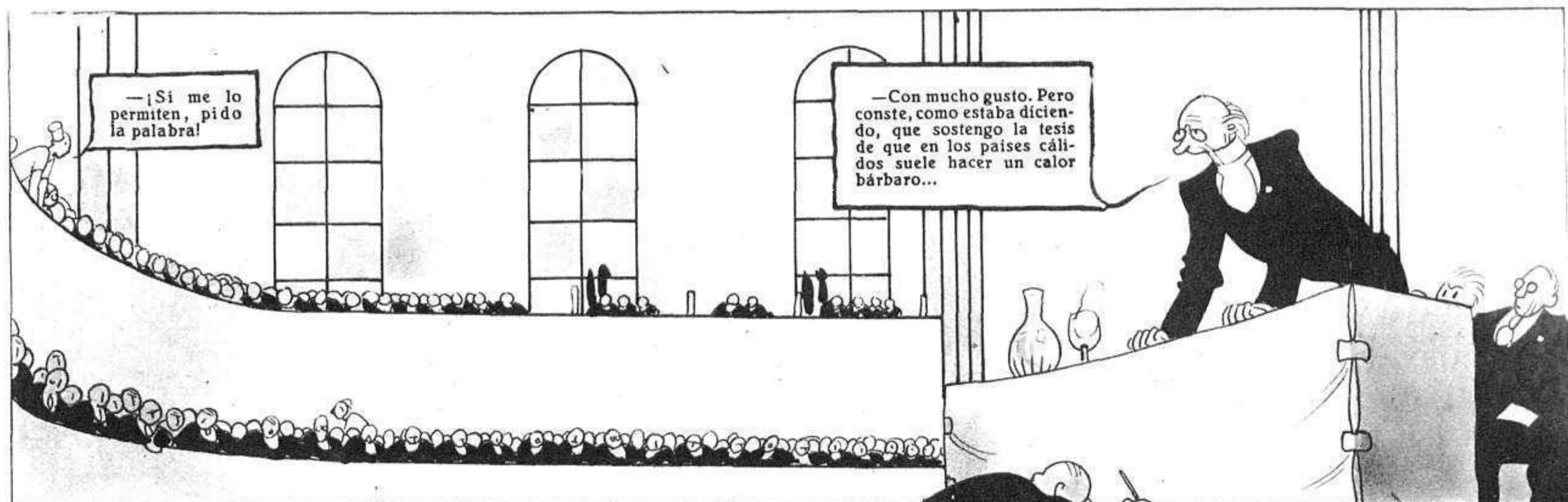
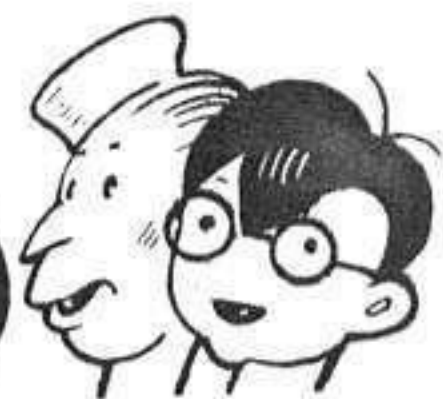
EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES



**Barcelona
y Madrid**

El alcalde de Madrid, Rafael Henche, recibiendo de manos de una delegación de la «Comissió pro Ajut queviures a Madrid», de Barcelona, el banderín que este organismo ha dedicado a nuestra primera autoridad municipal (Fot. Videal)

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLO



La vida, el amor y la muerte de Mata-Hari

iba bien con su espíritu imaginativo e inquieto. Volvió a leer: «Capitán de las Indias, que se encuentra disfrutando permiso...» E inmediatamente tomó la resolución de escribir a las señas que el periódico indicaba.

Pero el anuncio hablaba de «algún capital». Y ella no lo tenía. ¿Podía considerarse como un capital el poco dinero—cinco mil florines—que constituía su dote? A pesar de todo, escribió a la dirección señalada por el periódico. Y envió un retrato suyo.

En respuesta al anuncio, aquel «capitán de las Indias» había recibido catorce cartas. Sólo una le interesó: la de Margarita Zelle. En el retrato, la muchacha tenía, además, una belleza inquietante y extraña. ¿Correspondería esto a la realidad, o sería, nada más, artificio de la fotografía?

El capitán escribió a Margarita Zelle con el ruego de que se pasara por el hotel en que él se hospedaba. La muchacha recibió la carta con alborozo. Aquel comienzo de aventura tenía todos los signos de una de aquellas novelas que hacían vibrar su juventud impaciente, soñadora y trémula.

Tarde de nieve en un hotel de La Haya

Rodolfo Mac Leod pertenecía al ejército holandés desde hacía bastantes años. Era actualmente capitán. Pertenecía a una buena familia, originaria de Escocia. Había servido diez y siete años en las colonias, de donde ahora había regresado, con un permiso de varios meses, por enfermo.

No es ya un chiquillo. Cuenta ahora treinta y nueve años y piensa con una suave emoción en el hogar posible. El quisiera casarse, jugar con un chiquitín en la casa tranquila, mientras unos bellos ojos de mujer le miran amorosamente.

Ahora, en el hotel en que se aloja—Hotel de las Indias, en La Haya—, espera el momento en que aparezca la muchacha a que él ha escrito.

Está nevando casi todo el día, sin pausas. La gran plaza en que está enclavado el hotel aparece ya casi cubierta de nieve.

¿Cómo será Margarita Zelle? ¿Responderá su belleza a lo que la fotografía reflejaba? ¿Habrá en ella la espiritualidad y la feminidad buscadas? ¿O será una de tantas muchachas vulgares, sin otro encanto que el de su juventud?

El capitán Mac Leod se impacienta. Mira al reloj nerviosamente una y otra vez. Fuera, en la calle, la nieve. El capitán está solo en la sala de té del hotel. De pronto, la puerta se abre, y Margarita Zelle aparece en el umbral. Su belleza es tan extraordinaria, que el capitán, aturdido, empuja la mesa al levantarse, y derrama el té y vuelca el azucarero. Aquella mujer le ha deslumbrado; ha sido para él una sorpresa y una fascinación. Trémulo, azorado, se acerca a ella. Con la precipitación, las cucharillas han caído también al suelo. Margarita, ante ello, ríe y ríe, con toda la alegría magnífica de sus quince años.

(Continuará en el próximo número.)

(Dibujo de Bayo)

(Las Noticias del Día). Y su mirada tropieza con este anuncio:

«Capitán de las Indias, que se encuentra disfrutando de permiso en Holanda, busca esposa conveniente. La prefiere con algún capital. Respuestas a ...»

La vida de una muchacha

Hasta entonces—1895—, la vida de Margarita había sido breve y sencilla. Nació, quince años antes, en Leenwarden, capital de la provincia holandesa de Frisland.

Su padre, Adan Zelle, era medio javanés—esto daba, sin duda, aquel acento exótico y aquella extraordinaria precocidad a la muchacha—. Se casó con una holandesa, y tentó en aquella localidad de Leenwarden un floreciente negocio de sombrerería.

Murió la esposa de Adan Zelle, y éste se volvió a casar. A este hecho se unió la irregular conducta del padre de Margarita. Por ello, los familiares de la muchacha decidieron que ésta no viviese en el domicilio paternal. Empezó a estudiar para maestra, en la Escuela Normal de Leyden.

No tardó en dejar la carrera. Por una parte, aquellos estudios eran demasiado áridos para su frente imaginativa, novelera. Por otra parte, el director de la Normal la estaba persiguiendo constantemente con su amor senil...

Marchó a La Haya, a casa de unos tíos suyos. Hacía en ella una vida plácida, sin altibajos ni inquietudes. Labores de la casa, bordados, novelas. Pero esta vida tranquila rimaba mal con su espíritu exaltado, lleno de sueños, de pasiones en fermento, de imprecisas y ardientes imaginaciones. Muchas veces, a través de los cristales, sus enormes ojos profundos se fijaban obstinadamente en un punto lejano, invisible, como mirando sin ver, prisioneros de un ensueño remoto.

Hasta que un día leyó aquel anuncio de un hombre que buscaba el amor a través de un periódico...

Un comienzo de aventura

Aquello tenía un perfil de aventura que

El espionaje es un tema del día. Frecuentemente, el nombre y el recuerdo de Mata-Hari—la espía más famosa de todos los tiempos—surgen en el retablo del comentario periodístico. Todos saben que aquella mujer actuó como espía en la Gran Guerra y que pagó con la vida esta actividad suya. Pero ¿conocen todos también de un modo completo su existencia novelesca, especialmente en la parte anterior a su fusilamiento? Para muchos, incorporados a la vida después de la Gran Guerra, Mata Hari es solo un nombre. Para ellos, sobre todo, hemos escrito esta evocación de la vida, el amor y la muerte de aquella mujer.

Un hombre busca mujer

MARGARITA Zelle es una muchacha alta, fina, delgada, morena. Ojos profundos, boca carnosa y sensual, rostro de óvalo perfecto. Apenas tiene quince años y es extraordinariamente bella. En su belleza prematura hay un no sé qué de exótico y extraño.

Su vida en La Haya es una vida apacible y vulgar, de muchacha de provincia. Ayuda a algunas labores de la casa, borda, lee novelas románticas y sueña un poco. Para sus quince años impacientes y triunfales, el amor es un enigma todavía. Ella quisiera que el amor le llegase de un modo imprevisto y maravilloso, sin el camino rutinario de tantos otros noviazgos. Sueña con un amor como el que en aquellas novelas veía reflejado: apasionado, misterioso, llegado hasta ella por una senda de aventura.

Un día, como tantos otros días, está leyendo un periódico: *Het Nieuws van den Dag*

Espectáculos

MADRID-PARIS

CAROLE LOMBARD
y GEORGE RAPP

triunfan en la gran
producción

BOLERO

UN FILM
EXTRAORDINARIO

Palacio
de la Música

4^a SEMANA
de éxito grandioso

MARES
DE CHINA

A V E N I D A

Grandioso éxito de la producción española

La hija del Denal

CON ANTONIO VICO
Y BLANCA NEGRI

TIVOLI

Éxito sin precedentes
en la cinematografía

REBELION a bordo

La película inolvidable

RIALTO

9.^a SEMANA
de extraordinario éxito
de ANGELILLO

Centinela, alerta

Ana María Custodio
y Luis Heredia

GENOVA

Tiempos modernos
La suprema crea-
ción del genial
CHARLOT

CAPITOL

Extraordinario éxito
UNA NOCHE
en la OPERA
POR LOS HERMANOS MARX

Escenarios de la guerra

El frente occidental de Santander

